

Ensayos en Honor de Bartolomé De Las Casas

Cuarto Ensayo

Un amigo como "mi otro yo"

Por Michael Pakaluk

Traducido por José Merediz

'Otro yo' en público

Dijo Aristóteles que en una amistad verdadera se considera y se ama al amigo como si fuera nuestro "propio yo". Nuestro Señor Jesucristo enseñó que debemos amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos. Ambas ideas convergen si tratamos a todos como a amigos.

Esto lo negó Aristóteles al decir: debemos hacernos amigos solamente de aquellos a quienes podemos amar razonablemente. Pero, dado que el amor se dirige, razonablemente, sólo a la bondad y puesto que pocas personas son buenas, entonces solamente podemos, razonablemente, amar y hacernos amigos, de unas pocas personas. De hecho, dijo él, sería un error tratar de amar a todos. Nos advierte que si amamos a quienes no son buenos corremos el riesgo de corrompernos pues nos parecemos a lo que amamos. Quien ame a una persona mala y, por lo tanto, se asocie con ella, puede volverse también malo.

El razonamiento de Aristóteles parece totalmente acertado y sólo hay dos maneras de eludirlo. La primera, y la más difícil, es decir que hay un aspecto en el que todos los seres humanos son buenos, aunque tengan cosas malas, y que ese aspecto es el que sirve como fundamento para el amor universal. El Cristianismo llega a esto a través de la enseñanza de que todos somos hijos de Dios, ya sea naturalmente, por la creación o sobrenaturalmente, por el bautismo.

Este punto de vista es difícil de sostener porque impone un estándar en nuestros afectos. Si la base de nuestro amor por alguna persona tomada al azar es que es hija de Dios, entonces nuestro afecto tiene que regirse por ese hecho. Con razón podemos desear que esa persona tenga sólo aquellas cosas que contribuyan a su relación con Dios y deberíamos oponernos a las que son contrarias a tal relación. Para esto se requiere que hagamos juicios sobre la conducta, lo que mucha gente detesta, y que en todo caso no es muy aceptado. ¿Cuál es nuestro juicio sobre, por

ejemplo, la infidelidad matrimonial, o el aborto, o la pornografía, o la satisfacción de nuestros caprichos, o la creación de necesidades, o ser complaciente con nuestra propia ignorancia? Si estas cosas estorban la relación de alguien con Dios, entonces tendremos que oponernos a ellas.

La lógica es irresistible: si nuestro amor por los demás se fundamenta en su relación con Dios, entonces, por ese mismo amor, tendremos que formarnos un juicio acerca de su verdadero interés. Y entonces tenemos que estar preparados para oponernos a sus deseos y, en algunos casos, cuando esos deseos son contrarios a su verdadero interés, hasta resistirlos.

En contraste, la manera fácil de amar a todos es abandonar el requisito de formarnos juicios, sosteniendo que no existe diferencia objetiva entre el buen carácter y el mal carácter. En la sociedad moderna, esta negación de la bondad y la maldad se presenta en dos formas.

La primera es el relativismo, que ya hemos mencionado varias veces, que predica que cada cosa es como le parezca a la persona interesada. Si el aborto le parece lo correcto a alguien, entonces, por lo que yo sé, será lo correcto. Nadie podrá refutar su opinión. (Lo que llamanos el "derecho a la privacidad" en las discusiones actuales viene a ser con frecuencia la adopción del relativismo en lo referente a la materia de que se trate. 'El aborto queda bajo el derecho a la privacidad' simplemente significa que 'Lo que le parezca correcto a la mujer involucrada es lo correcto y no hay que refutar su opinión.')

Obviamente, si lo que parece correcto es lo correcto y puesto que la gente generalmente elige lo que le parece correcto, entonces toda la gente es buena. El relativismo es la manera fácil de amar a todos pues confiere automáticamente la bondad a quien sea.

Otra manera fácil de amar a todos negando la diferencia entre lo bueno y lo malo es dejar que los demás decidan por uno qué cosas son malas a través de su enojo. Es decir, refrenarse de juzgar, aplazar el juicio. Nadie decide por sí mismo, los otros deciden, aunque no sea evidente. Decimos cosas como: 'Tu libertad debiera limitarse sólo por la libertad de los demás', o 'La ley debería ser obligatoria sólo cuando un daño se ha causado a otros' o 'Tu derecho a mover tu mano termina en la punta de mi nariz.' Estas máximas presuponen que la única medida para juzgar una acción equivocada es que alguien se sienta ofendido por tal acción. Nosotros mismos no miramos directamente la acción y la juzgamos errónea, sino que tomamos la opinión de la persona ofendida y entonces juzgamos la acción errónea porque causó una ofensa.

Este punto de vista presume que todos son buenos. El 'amor' que se basa en tal premisa toma la figura del uso instrumental de la razón para satisfacer al máximo los deseos e inclinaciones de los demás a tal punto que no se sientan ofendidos. Éste es el punto de vista del moderno liberalismo, que surge del utilitarismo del Siglo XIX.

Sin embargo, la gran falla de este enfoque es que no distingue entre ofensa justificada y ofensa injustificada. Una persona se siente ofendida porque se exhibe una cruz en público; otra, porque hay una clínica de abortos en su vecindario. Un padre se ofende por las oraciones en la escuela; otro porque no se rezan oraciones en las escuelas públicas. Los jefes de tropa homosexuales en los Boy Scouts causan disgusto en algunas personas, mientras que la prohibición de que haya homosexuales entre los jefes de tropa disgusta a otras. En verdad, no hay verdadera resolución de estas diferencias aparte de la genuina concepción de la bondad humana.

"Amarás a tu prójimo como a ti mismo". Pero nadie, en su propio caso, toma lo que le parece bueno como realmente bueno. Y nadie, en su propio caso, regula sus acciones solamente por la condición negativa de no ofender a quienes lo rodean. (Supongamos que los que lo rodean son malos y se ofenden con las cosas buenas. Y la gente que se encuentra a nuestro alrededor cambia.) Entonces el amor a todos no puede basarse ni en el relativismo ni en el "principio de no dañar a los demás". Generalmente en el amor a los demás se debe reflejar el mismo criterio que una persona buena aplica a sí misma.

'Otro yo' en privado

Que en el amor a los demás se debe reflejar la relación que una persona buena tiene con ella misma, lleva a Aristóteles a una notable conclusión en su "Acerca de la Naturaleza de las Amistades Íntimas"

¿Cuál es la forma más elevada del amor? Yo creo que la mayoría de la gente diría que el amor es dar. Por ejemplo, la Madre Teresa daba comida y techo a los pobres de Calcuta. Los padres dan alimento y educación a sus hijos. En caso extremo, un amigo puede hasta dar su vida por su amigo

Pero Aristóteles señala con tino que el hecho de dar no es algo que caracterice la relación de una buena persona consigo misma. De hecho, no es posible que una persona se dé algo pues ya posee, de antemano, aquello que podría darse. –Se puede decir que una persona se da algo cuando, por previsión y prudencia, hace planes para el futuro. Un plan

de ahorro para el retiro es, en cierto sentido, un regalo que un hombre se hace a sí mismo, en su juventud, para su vejez. Pero tales acciones son regalos solamente en sentido metafórico y, por lo tanto, el dar, aunque es necesario e importante es, a fin de cuentas, una expresión imperfecta de amor.

Entonces, ¿cómo podemos amar a los demás apropiadamente? Aristóteles arguye que lo hacemos simplemente estando con ellos y disfrutando su compañía. Ésta es la más alta expresión de amor. Acompañar es más grande que dar, al igual que ser es más grande que tener.

He aquí su argumento. Aristóteles señala que, en cierto sentido, a una persona se le identifica con su actividad de vida. Pero la actividad de vida consiste en cierta clase de percepción, ya sea en los sentidos o en el pensamiento. Así que, en cierta forma, una persona consiste en sus sentidos y su pensamiento.

Consideremos ahora que tanto los sentidos como el pensamiento tienen un componente reflexivo. Esto es, ver una silla es, al mismo tiempo, percibir que vemos una silla. Pensar en esa silla es, al mismo tiempo, estar consciente de o percibir que pensamos en esa silla. Todas las sensaciones y pensamientos son complejos porque tienen ese carácter reflexivo. De ahí que, en cada sensación y pensamiento, una persona adopta una relación consigo misma. Cuando piensa se relaciona con ella misma como percibiendo que piensa. Cuando veo una flor, me relaciono conmigo mismo como percibiendo que veo una flor.

¿Es posible, pues, extender esta relación a los demás para que puedan participar en ella y se relacionen con nosotros como nosotros lo hacemos con nosotros mismos? Sí, dice Aristóteles, puede extenderse cuando compartimos sus sentidos y su pensamiento. Compartir es más fácil en el caso del pensamiento. Si una persona me dice algo en lo que está pensando, tomo conciencia de que esa persona piensa en eso, igual que ella tiene conciencia de ello. Entonces, yo me relaciono con la persona de la misma manera en que la persona se relaciona consigo misma. Pero ella sabe que yo tomé conciencia de lo que ella pensaba (esta conciencia mutua es esencial para la amistad) y, por lo tanto, ella se relaciona conmigo como yo me relaciono conmigo mismo. Como resultado de esta conciencia mutua, la persona y yo nos volvemos, por así decirlo, espejo el uno del otro. Cada uno de nosotros piensa en algo y tiene conciencia de lo que está pensando el otro y esta relación se extiende y se refleja en el otro.

Entonces, la conclusión de Aristóteles es que, en este compartir del pensamiento y los sentidos (lo que él llama 'vivir la vida juntos', compare la palabra convivencia), dos personas comparten por completo, por su cuenta, su propia vida. Si el amor es una extensión de la autoestima hacia los demás, entonces ésta es la forma más completa del amor. Al mismo tiempo, Aristóteles señala que la relación de dar es insatisfactoria por dos razones. Primero, porque implica una desigualdad: la persona que da, en la medida en que da, adopta una posición de superioridad sobre la persona que recibe. Segundo, porque el dar no puede compartirse simultáneamente: cuando una persona da, la otra necesariamente recibe. Quizá puedan turnarse, pero no pueden hacer lo mismo al mismo tiempo.

Sin embargo, esto no es así cuando se comparten el pensamiento y los sentidos. Este fenómeno es total y simultáneo entre dos amigos. De hecho, Aristóteles sostiene que dar significa facilitar el pasar el tiempo juntos. Supongamos que dos personas quienes, inicialmente, no son iguales por lo que poseen, se hacen amigos. Por impulso natural de la amistad, con el tiempo sus bienes tienden a igualarse o, por lo menos, a ser administrados conjuntamente para beneficio de ambos. Pero lo importante al equiparar y compartir las posesiones no es simplemente que los amigos sean iguales. Sin duda, este resultado podría recompensar al envidioso pero, de hecho, lo realmente importante es que la igualdad en sus bienes les permitirá disfrutar de su compañía y del pasar tiempo juntos.

El razonamiento de Aristóteles es muy sensato. Los puntos más importantes se encuentran en la *Ética a Nicómaco*, libro IX, capítulo IX y yo animo a los lectores de este ensayo a revisar este pasaje directamente. La conclusión que él saca acerca de la prioridad del estar con sobre el dar aplica a todos los asuntos humanos. Aplica a las relaciones entre pueblos y naciones (por analogía), así como a las relaciones íntimas entre amigos. Volviendo hacia atrás, podríamos decir que el razonamiento de Aristóteles es que la vida humana está de forma inherente ordenada para la sociabilidad en virtud del carácter reflexivo de los sentidos y el pensamiento (como una vez comentó Jacques Maritain: "la verdadera personalidad consiste en una orientación hacia la comunión".) Lo que todos deseamos, en virtud de nuestra humanidad común, es vivir codo con codo con los demás. No queremos disfrutar nuestra vida en soledad y separación, sino que queremos hacerlo gozando de la existencia de los demás y a través de que ellos disfruten del hecho de que nosotros también existimos. Éste es el fin de la vida humana y un elemento necesario para la felicidad de los hombres. Por lo tanto, éste es el objetivo hacia el que la ayuda y el dar deben dirigirse.

Una visión de solidaridad humana, por lo tanto, debe regir nuestro trato con los demás, tanto en público como en privado, lo que parece una conclusión adecuada para esta serie de ensayos.

Este es el último de cuatro ensayos...

Favor de hacer clic aquí para leer el: [Primer Ensayo](#); [Segundo Ensayo](#);

[Tercer Ensayo](#)

[Suscríbese a los Ensayos y Noticias de la Fundación](#)

Bibliografía:

Lewis, C.S., *The Four Loves*, (New York: Harcourt, Brace) 1960.

Pakaluk, Michael, *Other Selves: Philosophers on Friendship*, (Indianapolis: Hackett) 1991.

Pakaluk, Michael, Aristotle, *Nicomachean Ethics VIII and IX*, translation with commentary, (Oxford: Clarendon) 1998.

Estos cuatro ensayos fueron requeridos por la *North American Educational Initiatives Foundation, Inc.* y fueron escritos por el Dr. Michael Pakaluk, profesor asociado de filosofía en la Universidad Clark, quien obtuvo su doctorado en filosofía en la Universidad de Harvard. El Dr. Pakaluk es un escritor prolífico en varios temas, tales como: filosofía antigua, filosofía moral, filosofía de la lógica, filosofía política, e historia de la filosofía; es también el autor de dos libros: "El otro yo: Filósofos en la Amistad" (Hackett, 1991) y "La Ética a Nicómaco de Aristóteles, Libros XIII y IX" (Oxford, 1998), que han contribuido al resurgimiento del estudio filosófico acerca de la amistad. Actualmente trabaja en una introducción a la "Ética" de Aristóteles (para la Cambridge University Press) y un comentario sobre el "Fedón" de Platón. El Dr. Pakaluk es miembro fundador del *American Public Philosophy Institute (APPI)* y director del *Boston Area Colloquium in Ancient Philosophy (BACAP)*. Padre de diez hijos, el Doctor fue en Erudito Visitante en Filosofía en la Universidad de Harvard en los años 2002 y 2003.

[Suscríbese a los Ensayos y Noticias de la Fundación](#)